



LA CHICA QUE LLEVABA UNA PISTOLA EN EL TANGA

NACHO CABANA



rocaeditorial • 021345612

rocaeditorial

PREMI  CONFIDENCIAL 2014
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NESR

La chica que llevaba una pistola en el tanga

Nacho Cabana

Novela ganadora del Premio Internacional de novela negra L'H Confidencial en su octava edición. Premio coorganizado por el Ayuntamiento de L'Hospitalet.

© Nacho Cabana, 2014

Primera edición en este formato: marzo de 2014

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L. Av. Marquès de l'Argentera 17, pral. 08003 Barcelona. info@rocae-books.com www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-9918-792-1

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LA CHICA QUE LLEVABA UNA PISTOLA EN EL TANGA

Nacho Cabana

En Madrid, dos *skinheads* atacan a una familia rumana y matan a su hija pequeña. Violeta y Carlos, agentes de la comisaría de Centro, detienen a los agresores y siguen su pista hasta el burdel de Murcia donde trabajaba la hermana mayor de la niña asesinada.

En México DF, Pedro, un español casado y con una hija de once años, malvive trabajando como taxista y obteniendo comisiones de los clubs de alterne a los que lleva a sus clientes. Harto de pasar estrecheces económicas, Pedro se verá inmerso en una trama internacional de trata de blancas donde descubrirá el lado más oscuro de la prostitución.

Cómo se relacionan ambos casos y cuáles son las consecuencias en las vidas de Violeta, Carlos y Pedro será lo que averigüemos en esta novela trepidante y muy cinematográfica. Un verdadero *tour de force* sembrado de pura acción y tiroteos en el que nadie saldrá ileso.

ACERCA DEL AUTOR

Nacho Cabana (Madrid, 1968) es guionista profesional desde 1993. Ha escrito series como *Policías*, *Compañeros*, *Cuenta atrás* y *UCO* hasta sumar más de 300 guiones grabados en España y México. Entre sus trabajos para cine destaca el largometraje documental *Tres caídas*. Actualmente colabora en la revista cultural *Tarántula*. En 1993 se hizo con el Ciudad de Irún de cuento gracias a *Los que comen sopa y*, en 2003, su novela *Momentos robados* ganó el mismo certamen. En 2014 recibe el Premio L'H Confidencial por *La chica que llevaba una pistola en el tanga*. Vive en la Barceloneta donde cada mañana monta su oficina frente al mar.

www.nachocabana.net

ACERCA DE SUS OBRAS

«El jurado destaca la habilidad del autor para contar dos tramas paralelas manteniendo el interés por cada una, un ritmo vertiginoso, el eficaz uso del suspense y la creación de personajes complejos y creíbles en esta historia que se desarrolla entre Madrid y México D.F. Y que gira en torno al precio de venderle el alma al diablo.» DEL VEREDICTO DEL JURADO DEL PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA L'H CONFIDENCIAL 2014

A mi madre, por ser fan antes de leer un párrafo de esta novela. A los Catorce, que siempre están ahí. A mi padre.

«En alguna ciudad habrá un taxi que conduzcas tú. Y algún
desierto en que nos encontraremos los dos.»

ESCLARECIDOS, *En algún desierto*

1

Los *skinheads* no se tatúan con henna

Violeta conduce a 120 kilómetros por hora en dirección contraria por la Gran Vía, un jueves de madrugada, y eso la relaja. Se concentra en esquivar los obstáculos que encuentra por el camino y en prevenir los que puedan aparecer. También le divierte ver la cara que pone Carlos, su compañero de patrulla; a pesar de llevar ya casi un año trabajando con ella, aún no se ha acostumbrado a los giros en U que tanto satisfacen a la oficial de Policía. Unos patriotas calvos le están dando una paliza a un grupo de gitanos rumanos en el paso subterráneo que comunica la plaza de España con la Cuesta de San Vicente, probablemente uno de los lugares más feos de Europa Occidental. Tienen que llegar antes de que sea demasiado tarde, así que Violeta le ordena a Carlos que se agarre y, cinco minutos después, ella está corriendo detrás de dos rapados por la calle Cadarso mientras su compañero avisa por radio al SAMUR para que

venga a coserles la cabeza a Alexandru Gheoghiu, su esposa y su hija.

Los dos cabezas rapadas intentan despistar a Violeta metiéndose por la rampa que desemboca en una calle privada que vertebra un enorme patio de manzana donde arquitectos del desarrollismo erigieron las hermanas pobres de las viviendas exteriores con vistas al Palacio Real. Cuando la policía entra, no hay rastro de los dos chavales aburridos en busca de una diversión nocturna más radical que el botellón. Violeta saca su arma y camina con ella en la mano a la espera de un ruido o algo que delate la presencia del enemigo. La cancela de un portal se abre y un ama de casa sale de la suya sin motivo aparente, dada la hora. Violeta le hace un gesto con la cabeza para que vuelva adentro, y la señora obedece sumisa y asustada. Al fondo de la calle, un edificio tiene los accesos a las viviendas al aire libre, como una corrala partida por la mitad. La luna casi llena permite a Violeta vislumbrar a dos personas subiendo la escalera de ese inmueble y corre para allá. Cuando se dan cuenta de que los están siguiendo, aceleran el paso. Violeta se acerca todo lo que puede, les apunta y les grita que estén quietos. Los agresores de Mioara Carauleanu, de su esposo y su hija hacen caso omiso, saben que los policías españoles no disparan casi nunca y suben corriendo al tejado con la intención de saltar desde allí a la cubierta del antiguo cine Príncipe Pío, que ocupa buena parte del patio de manzana. Violeta adivina sus intenciones y corre hacia una escalera de incendios, de forma que cuando los dos veladores de la raza hispana saltan creyéndose a salvo se encuentran a Violeta apuntándoles y ahora ya saben que ella no es como los agentes que les han perseguido antes.

Violeta les obliga a dejar las armas blancas que llevan sobre el tejado de la antigua sala de programa doble, luego les pide cortésmente que se tumben boca abajo, pongan sus manitas en la nuca y saca las esposas para bloquearlos. La oficial de Policía se fija en el retrato de Hitler que el más

alto de los caucásicos de la calle Castelló lleva en el antebrazo. Una vez que ya les tiene a su merced, recibe una llamada de Carlos: Luminita, de seis años de edad, hija de Mioara y Alexandru, acaba de morir camino del hospital a causa de los golpes recibidos en el subterráneo con los semáforos peor coordinados de la ciudad.

Violeta clava la mirada en los ojos autosuficientes de Marcos Úbeda y Federico Úbeda antes de pegarle al primero una patada en la cabeza.

Si el segundo se libra de otro golpe es porque ha tenido la precaución de no reírse al escuchar la noticia del infanticidio.

Violeta baja las escaleras de la calle peatonal que conducen hasta una puerta metálica negra en la que no hay más inscripción que una placa que reza «Club Eclipse». Desde su casa tarda unos cincuenta minutos en llegar hasta aquí con la moto.

Toca el timbre y espera a que le abran la puerta. Nada más entrar, hay un guardarropa que es donde se compra la entrada. Mientras Violeta paga los veinte euros que cuesta el acceso a mujeres solas (la mitad que a hombres solos y lo mismo que pagaría si fuera en pareja, pero ella nunca acude en pareja al club Eclipse) ya puede escuchar gemidos detrás de la gruesa cortina roja que la separa del local. Apenas la atraviesa, siente las miradas de los hombres sobre su cuerpo y respira el olor a sudor y a sexo. Pide una cerveza en la barra mientras sus ojos se acostumbran a la penumbra. La luz y las palabras destrozarían la sensación que tiene en estos momentos y con la que tan segura se siente. Paga su consumición con el vale que le dieron al entrar y se dirige a un sillón enfrente del cual hay una mujer de unos cincuenta años con los pechos fuera del sujetador, las piernas abiertas y un calvo perdido entre ambas. Violeta

se pone cómoda, no tardará en estar ella también desnuda, y mira a su derecha. Un tipo con aspecto de haber pasado los mejores años de su vida vendiendo pisos busca nervioso con la mirada a alguna mujer que lo acepte como atleta sexual, lo que en este ambiente no resultaría extraño si no fuera porque con él va una mujer de metro ochenta y cinco, rasgos asiáticos de segunda o tercera generación, pechos tan operados como firmes y unas piernas perfectas calzadas con una imitación poco lograda de un modelo de Christian Louboutin.

Se trata, sin duda, de una prostituta. Es algo bastante habitual y que los responsables de los locales liberales intentan evitar: hombres que pagan a una meretriz para que les acompañe y así, por algo más de lo que cuesta un servicio de la chica, tienen la posibilidad de tirarse a las hembras que se dejen y que han acudido al *swinger* con su pareja, marido o follamigo.

El agente de la propiedad le indica a su desproporcionada acompañante que acaricie la espalda del calvo, que sigue con la nariz entre los muslos de su cónyuge. La asiática de segunda o tercera generación obedece sin entusiasmo y el rapado, al notar la mano de la prostituta, levanta la cabeza y sabe en ese mismo instante que le acaba de tocar el premio gordo de la noche. Mira a su esposa, que mira a su vez al empleado de Tecnopiso, y asiente. Se guarda los pechos, se sube las bragas y se van los cuatro juntos hacia el laberinto.

Violeta se levanta y les sigue.

Las infraviviendas son como los pescados, en cada país se llaman de una forma diferente. En Venezuela se refieren a ellas como «ranchitos»; en Argentina las llaman «villas miseria»; en México, «ciudades perdidas»; y en España, con

un sustantivo de esos cuya sonoridad está acorde con su devastado contenido: chabola.

Las chabolas de la periferia de Madrid son lugares muy visitados por la Policía Nacional. Cuando Violeta entró en el cuerpo, los veteranos de su unidad le gastaron la broma de mandarles llevar una citación judicial al poblado de El Salobral, ahora ya derruido. Le dieron el nombre del encausado y su dirección, así que, pensó, no podría ser muy complicado hacérsela llegar. Con lo que no contaba Violeta, pero sí sus compañeros, era con que los gitanos, apenas oían un coche patrulla, comenzaban a cambiar de sitio los precarios letreros que bautizaban las improvisadas vías, de forma que la calle uno se convertía en la seis, la seis en la veinticinco y la veinticinco en la avenida Camarón de la Isla.

Afortunadamente, la citación era falsa.

Violeta y Carlos entran al poblado de El Gallinero, un asentamiento habitado casi exclusivamente por gitanos rumanos y ahora sentenciado a muerte para que un club de fútbol construya aquí su nuevo estadio e intente volver a hinchar la burbuja inmobiliaria llenando de pisos todos los alrededores. Durante seis años, este terreno ha albergado sus chabolas, desde que en 2007 los ciudadanos rumanos estrenaron la libre circulación por la UE y se vinieron a vivir entre ratas y cobre robado a escasos quince kilómetros de la Puerta del Sol. Los policías preguntan dónde pueden localizar a Mioara y Alexandru, ambos recibieron varios golpes días atrás en el paso subterráneo de la Cuesta de San Vicente, donde la peor parte se la llevó su hija pequeña.

Luminita sigue sin poder ser enterrada. Los recortes presupuestarios han llegado hasta el Anatómico Forense y la autopsia se demora más de lo previsto, por lo que el matrimonio aún no ha podido alcanzar el consuelo espiritual de enterrar a su pequeña de seis años, que ya nunca visitará Bucarest cuando sea mayor.

Según avanzan por el poblado, Violeta y Carlos se cruzan con varias familias que llevan en la mano ropa de niña y ju-

guetes que revisan con curiosidad y cierta admiración. Una mujer le prueba a su hija una blusa amarilla con volantes que le queda algo pequeña pero que le acaba entrando por la cabeza. Dos hermanas gemelas se pelean por una muñeca a medio vestir mientras otro niño viste orgulloso una camiseta de Pocoyó. A Violeta le llama la atención que todo parece estar bastante nuevo.

En la puerta de la chabola de Mioara y Alexandru hay un pequeño montón de objetos que a buen seguro formaron parte del inconsciente lúdico de Luminita hasta la misma mañana del día de su muerte. Los padres de la pequeña están regalando a sus vecinos todo lo que pertenecía a su hija. Carlos y Violeta se bajan del coche patrulla. Al ver a los agentes de la ley, los gitanos ralentizan los movimientos para que no piensen que huyen al verles, y se van retirando hacia sus aposentos con el botín.

Mioara no reconoce a Violeta y a Carlos como los policías que llegaron para salvarles la vida a ellos pero demasiado tarde para hacer lo mismo con su hija. Pero su marido, sí. Alexandru les pregunta qué quieren y Violeta le contesta que llevarles a comisaría para que identifiquen a sus agresores. El matrimonio de rumanos se resiste a acompañarles, ni siquiera han podido enterrar a su pequeña.

—Se hará justicia, se lo aseguro —les intenta convencer Carlos—. Con su ayuda, los culpables se pudrirán en la cárcel, pero tienen que acompañarnos para evitar que otras personas sean agredidas.

Mientras, Violeta se cuela, sin orden de registro, en el interior de la chabola y se fija en la caja de una enorme televisión de pantalla plana y tecnología Led, apoyada en una de las precarias paredes de cartón y lata. Una de sus esquinas está rota, revelando que el electrodoméstico de consumo sigue en su interior. Violeta se extraña (pero no mucho) y sale de la chabola cuando Carlos ya ha convencido a Alexandru de que entre en el coche y este está a punto de persuadir a su esposa.